

Don Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo

Por José PERAZA DE AYALA

El hombre

El 28 de agosto falleció en esta ciudad don Manuel de Ossuna-Saviñón y Benítez de Lugo, distinguido genealogista tinerfeño y ex Director de REVISTA DE HISTORIA. Aunque desde hace años venía enfermo de una dolencia nerviosa, no se esperaba tan pronto el fatal desenlace; pero un nuevo mal sobrevenido pocos días antes de su óbito no pudo ser vencido por su quebrantada salud.

Con el señor de Ossuna desaparece uno de los hombres que con mayor entusiasmo dedicó los mejores años de su existencia a los estudios del ayer isleño. Había nacido en la villa de La Orotava, el 19 de enero de 1896, pero desde su infancia pasó a La Laguna, donde su familia paterna era de arraigo secular. Por sus aficiones literarias bien puede ser considerado como émulo de una tradición familiar de hombres estudiosos, iniciada, en el ambiente intelectual de la ciudad, por su tercer abuelo el licenciado don Manuel de Ossuna y Montiel, personaje de las famosas tertulias del siglo XVIII, y que culminó en su ilustre padre, el historiador don Manuel de Ossuna y Van den Heede, dos veces recordado por nosotros en las páginas de esta revista.¹

El doctor Luis G. Martínez Villada, profesor de Filosofía en la universidad de Córdoba (Argentina), al escribir la biografía de

¹ Tomo I, 1924-1925, págs. 65-56, y tomo XI, págs. 121-129.

Ossuna y Benitez de Lugo en 1926, hacía notar como en él se daba «aquel amor particularísimo del que buscando la reviviscencia del pasado siente en su propia sangre la vibración de sus glorias, porque fueron varones de su progenitura los que las alcanzaron con sus claras acciones».²

Ossuna parecía sentir una gran nostalgia del pasado, y la madurez de la vida le sorprendió casi sin salir de su señorial casa de la calle Juan de Vera, rodeado de antigüedades. Durante su juventud fueron objeto de su predilección la lectura de viejos manuscritos, el acopio de datos históricos y la correspondencia con sus colegas en la genealogía y heráldica, españoles y extranjeros. A su extraordinaria devoción por las tradiciones familiares y meritoria preocupación por la búsqueda de noticias relacionadas con el pasado canario, unió un encendido amor a la ciudad de La Laguna, que estimaba consustancial al auténtico patriotismo insular.

El genealogista

Sus trabajos genealógicos le acreditaron como uno de los mejores discípulos de don Francisco Fernández de Béthencourt, a quien rinde el tributo de su admiración en sus principales publicaciones. Su método es más erudito que el del autor del *Nobiliario y Blason de Canarias*, pues sus afirmaciones suelen ir acompañadas de exactas citas bibliográficas y documentales, lo cual permite que muchos de sus datos sean útiles para sucesivos trabajos, aunque con la debida crítica. La genealogía tiene que seguir los modernos métodos y acudir como ciencia histórica a las fuentes directas en cuanto sea posible, sin admitir como prueba fehaciente la mera constancia de hechos o de entronques en las informaciones de nobleza, máxime cuando éstas a veces tienen como única base la declaración de testigos. Todavía menos serio es tomar como base otros nobiliarios, cuando hay documentación coetánea que desvirtúa a la letra impresa.

Sólo llegó a publicar una sucinta reseña del linaje de Peraza

² LUIS G. MARTÍNEZ VILLADA, *Don Manuel de Ossuna y Benitez de Lugo*, Córdoba (Argentina), 1926.

de Ayala, en un trabajo que tituló *La Casa de los antiguos Condes de La Gomera*,³ y gran parte de sus historias genealógicas de las casas de *Hoyo-Solórzano*⁴ y de *Salazar de Frías*.⁵ La mayoría del material que había reunido sobre las citadas familias quedó inédito, del mismo modo que las genealogías de Ossuna, Saviñón, Castro Carriazo, Anchieta, Castilla y Urtusástegui.

No fue el menor de sus méritos el haber contribuido a conservar el gusto por la genealogía en los círculos ilustrados de Canarias, durante época en que los cultivadores de dicha disciplina eran escasos, aparte de que colaboró con entusiasmo a la fundación de esta revista, cuya dirección ostentó en los primeros momentos.

Para la edición del *Nobiliario de Canarias* facilitó a algunos de sus redactores el acceso a su archivo y el aprovechamiento de su labor genealógica inédita. Figuró su nombre como especialista colaborador en la Junta de Dirección de la obra.

Otras actividades

Se destacó también como bibliógrafo, y por ello se le encargó de la presidencia del comité organizador de la Exposición del Libro Canario, celebrada en La Laguna con motivo de las Fiestas de Septiembre de 1928. Dos premios se le otorgaron en tal ocasión: uno por el éxito de la Exposición y otro por la calidad de un trabajo literario que redactó sobre la misma.

Organizó y catalogó el archivo, biblioteca y pequeño museo de su casa, cuyos fondos aumentó considerablemente, mediante adquisiciones de objetos de arte, documentos y libros. Entre éstos, especialmente, ejemplares de antiguas ediciones de los más famosos genealogistas nacionales.

En otro orden, tuvo la feliz curiosidad de copiar cuántas inscripciones y escudos de armas estaban expuestos al público en distintos sitios de la isla de Tenerife, y en particular por lo que se refiere a las iglesias y ermitas cuidó de transcribir todos los

³ «Nueva Academia Heráldica», tomo X, Madrid, 1923, págs. 53-57 y 94-101.

⁴ REVISTA DE HISTORIA, tomo I, 1924-1925, págs. 7-15, 74-82, 142-151 y 193-198; tomo II, 1926-1927, págs. 39-45, 65-72 y 236-244.

⁵ REVISTA DE HISTORIA, I, 33-40, 105-112 y 169-177; II, 129-138.

epitafios, acierto digno del mayor encomio, si tenemos en cuenta que hoy muchos de éstos han desaparecido, por falta de celo al llevar a cabo el cambio de pavimento de los templos. El trabajo de que se trata merece sin duda que se de a la luz pública, con las ilustraciones que en la actualidad sean posibles.

Como galardón de su inquietud científica obtuvo preciados nombramientos: Individuo de número de la Real Sociedad Geográfica (1920), Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1924), y de la Academia Internacional Americana de la Historia, de Buenos Aires. Como especialista en genealogía y heráldica, formó parte de la Accademia Storico-Diplomatica dei Paesi Latini, de Niza, del Conseil des Héraldistes, y del Collège Héraldique, de Francia, del Instituto Araldico Romano, de la Société Suisse d'Héraldique, del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, etc.

El legado a la Ciudad

Por el testamento ológrafo que otorgó en La Laguna el 1° de diciembre de 1950, dispuso que la citada casa de su residencia, con todo lo en ella contenido, pasase en propiedad a la Ciudad, salvo pequeñas mandas de escaso valor, con el fin de que su Archivo, Biblioteca y Museo quedasen abiertos al público. Al efecto ordenó también la constitución de un patronato, que había de ser integrado por representantes de las principales corporaciones locales y una persona particular. Entre aquéllas menciona al Ayuntamiento, Sociedad Económica, Esclavitudes de San Juan Evangelista y Cristo de La Laguna, Instituto, Universidad, párrocos de la Catedral, Concepción y Santo Domingo, etc. Para la conservación del edificio y de la biblioteca, archivo y museo, extiende el legado a sus propiedades de El Palmar y Anaga, indicando que con sus rentas y productos se atendiese al cuidado de dicha fundación.

Ignoramos la trascendencia práctica de dichas disposiciones testamentarias, ni nos corresponde hablar tan pronto de su alcance, pero sí debemos registrarlas ahora como elogio a su memoria, por corroborar nuestra afirmación de que Ossuna y Benítez de Lugo fue siempre un enamorado de La Laguna y le preocupaba el fomento de la vida cultural de la Ciudad.